

EL EDICTO DE MILÁN

EDUARDO LUIS FEHER TRENSCHINER¹

Si en la actualidad se considera como algo primordial la salvaguarda de los Derechos humanos, habría que volver al pasado para hablar de un famoso documento nombrado históricamente como Edicto de Milán o Edictum Mediolanense promulgado en Milán en el año 313.

O sea hace poco más de 1700 que el emperador Constantino –figura controversial– lo promulgó tras las cruentas persecuciones de los cristianos en el Imperio Romano, estableciendo la libertad de cultos para estos y otras denominaciones religiosas de sus diversos habitantes.

Anteriormente, en el año 311 el emperador Galerio Había emitido en la ciudad un edicto conocido como el Edicto de Tolerancia de Nicomedia. En él se concedía indulgencia a los cristianos y se les reconocía su existencia legal y libertad para celebrar reuniones y construir templos para su dios, por lo que la persecución de los mismos finalizaría.

Habiendo recibido esta indulgencia, ellos habrán de orar a su dios por nuestra seguridad, por la de la República, y por la propia, que la república continúe intacta, y para que ellos puedan vivir tranquilamente en sus hogares.

Emperador Galerio

¹ Profesor de Carrera de Tiempo Completo de la Facultad de Derecho de la UNAM.

En un intento por reintegrar el Imperio romano bajo una sola autoridad, Licinio se armó en contra de Constantino. Como parte de su esfuerzo para ganarse la lealtad del ejército, Licinio eximió al ejército y los funcionarios públicos de la práctica de la política de tolerancia que imponía el edicto, permitiéndoles continuar la persecución de cristianos. Como consecuencia de esta orden, algunos cristianos perdieron sus propiedades y hasta la vida. De entonces sobrevive una leyenda, que cuenta de 40 cristianos en Sevaste, que al negarse a ofrendar vino a los dioses romanos, fueron torturados y encarcelados. Al rehusar aún participar en el rito, fueron obligados a mantenerse de pie desnudos sobre el hielo del invierno hasta la congelación. Unos cuantos cedieron y aceptaron renunciar al cristianismo con tal de acompañar a los soldados en las fogatas, al mismo tiempo que un número igual de soldados decidieron confesar su hasta entonces secreta devoción al cristianismo y se unieron a aquellos en el hielo. Cuenta la tradición que descendieron del cielo ángeles, quienes colocaron coronas en las cabezas de los mártires”.²

Aquí habría que establecer dos consideraciones:

La primera es que la investigadora italiana Edvige Avete indica en un escrito *Constantino e l'editto 'che non c'è* (Constantino y el edicto “que no existe”) que dicho edicto probablemente no fue promulgado.³

En el momento de la promulgación del edicto, existían en el Imperio cerca de 1500 sedes episcopales y al menos de 5 a 7 millones de habitantes de los 50 que componían el imperio y que profesaban el cristianismo. Después de la aprobación, se inició la etapa conocida por los historiadores cristianos como la Paz de la Iglesia.

La segunda es que sobre Constantino pesan muchas controversias acerca de su sinceridad al convertirse al cristianismo y ordenar al Imperio hacer lo mismo.

² Consultado en: <https://es.wikipedia.org/wiki/Edicto_deMil/%C3%A1n>.

³ *Idem.*

Quizá sea por ello que las Iglesias Cristianas de oriente lo reconocen como santo, en tanto que la Católica no. Gran paradoja histórica toda vez que la expansión del cristianismo en el mundo se debe sin duda a este singular personaje.

Aunque al principio hubo muchos brotes de resistencia a profesar la nueva religión, poco a poco fue aceptada y no sin reticencias, excepto algunos años después por el emperador Juliano, llamado el apóstata, con tendencias politeístas y neoplatónicas, pero sin éxito. En ese aspecto la orden de Constantino fue acatada con toda su carga controversial y naturales resistencias.

El llamado “Edicto de Milán”, en virtud del cual el Imperio romano revirtió su política de hostilidad al cristianismo y le otorgó completo reconocimiento legal fue uno de los hechos decisivos de la historia del mundo. Pero los acontecimientos que llevaron a este resultado son complejos y en ciertos aspectos misteriosos. Los apologetas cristianos contemporáneos y los que siguieron lo presentaron como la consecuencia de la conversión del propio Constantino, promovida a su vez por la milagrosa intervención de Dios antes de la Batalla del Puente Milvio, en las afueras de Roma, en que Constantino derrotó al usurpador Majencio. Ésta era la versión que al propio Constantino le gustaba contar en un período posterior de su vida. El Obispo Eusebio, que nos informa gozosamente que fue “honrado con el conocimiento y el trato del emperador”, dice que oyó de los propios labios de Constantino que “se le apareció en el cielo un signo increíble”. Pero hay elementos contradictorios acerca del momento, el lugar y los detalles exactos de la visión, y cabe cierta duda acerca de la magnitud del cambio de ideas de Constantino. Su padre había sido un hombre bien dispuesto hacia los cristianos. El mismo Constantino parece haber sido un adorador del Sol, uno de varios cultos paganos tardíos que tenían observancias en común con los cristianos.

Los seguidores de Isis adoraban a una madona que cuidaba de su hijo sagrado; el culto de Attis y Cibeles celebraba un día de sangre

y ayuno, seguido por el festín de la resurrección de Hilaria, una jornada de alegría, el 25 de marzo; los elitistas mitraístas, muchos de los cuales eran altos jefes del ejército, tomaban una comida sagrada. Constantino casi seguramente era mitraísta y su arco triunfal, levantado después de su “conversión”, es testimonio del dios Sol o “Sol inconquistado”. Muchos cristianos no distinguían bien entre este culto del Sol y el suyo propio. Decían de Cristo que “guiaba su carro a través del cielo”; celebraban sus servicios el domingo, arrodillados de cara al este, y tenían su fiesta de la natividad el 25 de diciembre, el nacimiento del Sol en el solsticio de invierno. Durante el posterior renacimiento pagano, bajo el emperador Juliano, a muchos cristianos les pareció fácil practicar la apostasía en vista de esta confusión. El obispo de Troya dijo a Julián que siempre había orado secretamente al Sol. Constantino nunca abandonó el culto del Sol y mantuvo su imagen en las monedas. Convirtió el domingo en día de descanso, clausurando los tribunales y prohibiendo todo trabajo que no fuese el de las labores agrícolas. En su nueva ciudad de Constantinopla, entronizó en el foro una estatua del dios Sol, que exhibía sus propios rasgos, y otra de la diosa madre Cibele, aunque a ella se la representaba en la postura de la plegaria cristiana.

Los motivos de Constantino fueron confusos. Era un hombre excepcionalmente supersticioso y sin duda compartía la opinión, usual en los soldados profesionales, de que era necesario respetar todos los cultos religiosos para apaciguar a sus respectivos dioses. Es evidente que sufrió una experiencia extraña en cierto momento de su carrera militar, episodio en el que sus tropas cristianas representaron su papel. Era esclavo de los signos y los presagios y tenía el signo cristiano Pi-Rho en sus escudos y estandartes mucho antes de Milán. La superstición guio su decisión de levantar una nueva capital, la elección del lugar y muchos otros importantes actos de Estado. No fue bautizado hasta su última enfermedad. Eso de ningún modo era desusado, pues pocos cristianos creían entonces en un segundo perdón de los pecados; los hombres pecadores o

mundanos, especialmente los que desempeñaban funciones públicas consideradas incompatibles con la virtud cristiana, a menudo retrasaban el bautismo hasta el último momento. Pero el relato de Eusebio acerca del bautismo tardío de Constantino es ambiguo: es posible que la Iglesia le negase el sacramento a causa de su forma de vida. Ciertamente, la piedad no le convirtió en cristiano. En su juventud tenía una actitud auténticamente imperial. Era alto y atlético, con la apostura del soldado y los rasgos muy acentuados, las cejas espesas y el mentón fuerte. Pero muy pronto hubo relatos sobre su carácter violento y su crueldad cuando le dominaba la cólera. Fue muy criticado porque condenaba a los prisioneros de guerra a librar combates mortales con bestias salvajes en Tréveris y Colmar, y por las masacres colectivas en África del Norte. No sentía respeto por la vida humana y como emperador ejecutó a su hijo mayor, a su segunda esposa, al marido de su hija favorita y a “muchos otros”, sobre la base de acusaciones dudosas. Era un puritano de carácter peculiar y dictó leyes que prohibían el concubinato, la prostitución de las criadas de las posadas y la seducción de los esclavos; pero su vida privada llegó a ser monstruosa a medida que envejecía. Engordó y se le aplicaba el mote de “cuello de toro”; es posible incluso que padeciera bocio. Sus cualidades estuvieron siempre en el área de administración, la dirección de la mecánica del poder; era un árbitro profesional, maestro de la frase eirénica y del compromiso de frases pulidas, pero también era un individuo dominante, egocéntrico, vanidoso e implacable. El aspecto de relaciones públicas de su función prevaleció durante los años posteriores. Mostró un interés cada vez más acentuado por la lisonja, los uniformes esplendorosos, la exhibición personal y los títulos sonoros. Su sobrino Julián dijo que se ponía en ridículo a causa de su apariencia: prendas orientales extrañas y llamativas, joyas en los brazos, una tiara sobre la cabeza, en equilibrio inestable sobre una peluca teñida. El obispo Eusebio, su entusiasta panegirista, dijo que Constantino se vestía así sólo para impresionar a las

masas; en privado, el propio emperador se reía del asunto. Pero esta afirmación contradice muchas otras pruebas, incluso algunas que aporta el propio Eusebio. Es posible que Constantino, un hombre vano y supersticioso, abrazara el cristianismo porque eso convenía a sus intereses personales y a su megalomanía cada vez más acentuada. En su régimen prevalecía una atmósfera cesáreo-papista. Muchas de sus disposiciones eclesiásticas indican que deseaba una Iglesia oficial, en la que el clero estuviese formado por funcionarios civiles. Su propio papel no estaba del todo distanciado del que corresponde al dios-emperador pagano, como lo atestiguan los bustos y las estatuas colosales de su propia persona distribuidos por todo el imperio, aunque él prefería la idea de un rey-sacerdote. Eusebio dice que él estaba presente cuando Constantino recibió a un grupo de obispos y de pronto observó: “Vosotros sois obispos cuya jurisdicción corresponde a la Iglesia. Pero yo también soy un obispo, ordenado por Dios para vigilar a los que están fuera de la Iglesia.” No parece que Constantino haya llegado a conocer en absoluto la teología paulina, pero, también de acuerdo con Eusebio, parece que asimiló algunas de las ideas más grandiosas de Orígenes y las secularizó, y que él mismo se atribuyó el papel de principal instrumento divino. Así, dijo Eusebio, “derivó de lo alto la fuente de la autoridad imperial”; fue “fuerte en el poder del título sagrado”; Constantino era especialmente amado por Cristo y, “al llevar a todos aquellos sobre quienes gobierna en la Tierra el único Verbo engendrado y salvador, los convierte en súbditos apropiados del reino de Cristo”; es “el intérprete de la palabra de Dios”, una “voz potente que afirma las leyes de la verdad y la divinidad a todos los que moran en la tierra”, “el piloto designado de la poderosa nave a cuya tripulación él se propone salvar”. Dios, dijo el obispo, era el autor de la realeza y “hay un rey, y su Verbo y su ley real es una; una ley que no está expuesta al deterioro provocado por el tiempo y en cambio es la palabra viva y perdurable. Es evidente, de acuerdo con este análisis, que Constantino como emperador constituía un agente importante

del proceso de salvación, tan vital por lo menos como los apóstoles. Y también es evidente que el emperador pensaba lo mismo. Ordenó que le preparasen una tumba en la nueva Iglesia de los Apóstoles que él construyó y a la que dotó generosamente en Constantinopla, “previendo”, dice Eusebio, “que su cuerpo compartiría el título con los propios apóstoles y que después de su muerte se convertiría en destinatario, con ellos, de las devociones realizadas para honra de aquéllos en esta iglesia”. En realidad, su ataúd y su tumba fueron puestos en el centro, con monumentos a los seis apóstoles de cada lado, de modo que Constantino era el decimotercero y el principal, y se las ingenió para morir un Domingo de Pentecostés.

¿Cómo es posible que la Iglesia cristiana, al parecer con buena disposición, albergase en su sistema teocrático a este extraño megalomaniaco? ¿Hubo un acuerdo consciente? ¿Qué parte se benefició más con este impropio matrimonio entre la Iglesia y el Estado? Para decirlo de otro modo, ¿el imperio se rindió al cristianismo o el cristianismo se prostituyó al imperio? Es característico de la complejidad de la historia cristiana temprana que no podamos ofrecer una respuesta definida a este interrogante. De ningún modo está claro por qué en primer lugar el imperio y el cristianismo llegaron a chocar. El imperio se mostraba tolerante con todas las sectas si ellas mantenían la paz. Es posible que el cristianismo judío estuviese influido por el irredentismo zelota y judío, pero el cristianismo gentil de las misiones paulinas era apolítico y rechazaba el racismo. Sus implicaciones sociales eran, a la larga, revolucionarias, pero no poseía doctrinas específicas referidas al cambio social. Jesús había dicho a sus oyentes que pagasen los impuestos. En un pasaje memorable Pablo aconsejó a los fieles que, mientras esperaban la *parousia*, obedeciesen a la autoridad debidamente constituida. Ya a mediados del siglo II algunos autores cristianos percibían una identidad universalista, y el propio imperio. Tal vez los cristianos no rindiesen honores

divinos al emperador, pero en otros aspectos eran romanos fieles. Tertuliano afirmó:

Constantemente pedimos la intercesión a favor de los emperadores. Rogamos que tengan larga vida, gobiernen con seguridad, posean una vida doméstica segura, cuenten con ejércitos valerosos, un senado fiel, un pueblo honesto, un mundo tranquilo, y todo lo que un hombre y un César pueden desear... Sabemos que la gran fuerza que amenaza al mundo entero, el fin de los propios tiempos con su amenaza de horribles padecimientos, se ve retrasada por el respiro que el Imperio romano significa para nosotros... cuando rezamos por su postergación presenciamos la continuación de Roma... Tengo derecho a decir que César es más nuestro que vuestro, puesto que ha sido designado por nuestro Dios.⁴ “Todavía cuestionan los sabios si el emperador Juliano fue verdaderamente apóstata o si no fue nunca verdadero cristiano”.

Tenía seis años cuando el emperador Constancio, más bárbaro aún que Constantino, mandó degollar a su padre, a su hermano y a siete primos suyos. A duras penas él y su hermano Galo pudieron librarse de tal carnicería; pero siempre Constancio le trató con rudeza, le amenazó con quitarle la vida, y no tardó mucho tiempo en ver que por orden del tirano asesinaron al último hermano que le quedaba. Los sultanes turcos más bárbaros no sobrepusieron nunca en bellaquerías y crueldades a la familia de Constancio. El estudio fue el único consuelo de Juliano desde su más tierna juventud. Secretamente conversaba con los filósofos más ilustres que profesaban la antigua religión de Roma, y es más que probable que siguiera la de su tío Constancio, o sea el cristianismo, por temor a que le asesinasen.

Juliano se vio obligado a ocultar sus opiniones, como lo hizo Bruto en el reinado de Tarquino. Debió tener poca afición al cristianismo, porque su tío le obligó a ser fraile y a desempeñar en la iglesia las

⁴ FEHER, Eduardo, *La toma de posesión de las indias occidentales*, México, Porrúa, 2012, p. 32-36.

funciones de lector. Es difícil profesar la religión del que nos persigue, sobre todo cuando trata de dominar nuestra conciencia.

Otra probabilidad de lo que estoy afirmando es que ninguno de sus actos demuestra que fue cristiano. Nunca pide perdón a los pontífices de la antigua religión y les habla en sus cartas como si siempre hubiera estado afiliado al culto que observaba el Senado.

No hay pruebas de que practicase las ceremonias del Tauróbolo, que consistían en sacrificar un toro a Cibeles, y que se consideraban como expiación. Tampoco hay pruebas de que lavasen con sangre del toro lo que él llama –la tacha de su bautismo–. Esta devoción pagana, por otra parte, no probaría más que la asociación de los misterios de Cibeles. En una palabra, ni sus amigos ni sus enemigos refieren ningún hecho probando que creyese alguna vez en el cristianismo y que sinceramente abandonara esta creencia para afiliarse a la de los dioses del imperio. Si esto es así, tienen razón los que no le creen apóstata.

Generalmente se reconoce en la actualidad que el emperador Juliano fue un héroe y un sabio, un estoico que igualó a Marco Aurelio. Todo el mundo opina hoy como Prudencio, poeta contemporáneo suyo, que le dedicó un himno en el que dice de Juliano:

Famoso por sus virtudes,
Por sus leyes, por la guerra;
Si a Dios servir no le plugo,
Sirvió muy bien a la tierra.

Sus detractores se vieron reducidos a ponerle en ridículo por pequeñeces; pero tuvo más talento que los que se burlaban de él. El abad de la Blettière le critica en su historia por –llevar la barba demasiado larga, mover demasiado la cabeza y andar precipitadamente–. Otros escritores le censuran cosas parecidas, tan importantes como ésa. Dejemos que el ex jesuita Patouillet y el ex jesuita Nonotte llamen apóstata al emperador Juliano. En cambio, su sucesor el cristiano Jovieno le llamará *divus Julianus*.

Tratemos a ese emperador como él trató a los cristianos. Magnánimamente decía de ellos:

No debemos odiarles, debemos compadecerles; bastante desgraciados son con equivocarse respecto al asunto más importante.

Administraba rectamente justicia a sus vasallos; tributémosla, pues, nosotros a su memoria. He aquí un hecho de su historia. Varios habitantes de Alejandría se encolerizaron con un obispo cristiano, que era un hombre malvado, cobarde, feroz, y además supersticioso. Por calumniador y por sedicioso le detestaban todos los partidos, y los habitantes de Alejandría que acabamos de referir lo mataron a palos. He aquí la carta que el emperador Juliano escribió a los ciudadanos de Alejandría, con motivo de esa conmoción popular, en la que les habla como padre y como juez:

En vez de dejar a mi cargo el castigo de los ultrajes que os infirieron, os habéis entregado a los arrebatos de la cólera. Habéis cometido los mismos excesos que reprocháis a vuestros enemigos. El obispo Jorge Bioridos merecía tratarse como le habéis tratado, pero no debíais vosotros ser los ejecutores del castigo. Rigiendo leyes justas, debíais haberme pedido que las aplicara.

Los enemigos de Juliano se atrevieron a llamarle infame, porque le creyeron apóstata; pero no le han podido llamar intolerante ni perseguidor, porque quiso extirpar la persecución y la intolerancia. Leed atentamente su carta 52, y respetad su memoria. ¿No fue bastante desgraciado por no haber sido católico y tener que abrasarse en el infierno con el número inmenso de los que no son católicos, que aún insultamos su memoria hasta el extremo inicuo de acusarle de haber sido intolerante?⁵

El texto del Edicto es el siguiente:

Habiendo advertido hace ya mucho tiempo que no debe ser cohibida la libertad de religión, sino que ha de permitirse al arbitrio y libertad de cada cual se ejercite en las cosas divinas conforme al parecer de su alma, hemos sancionado que, tanto todos los demás,

⁵ Cfr. Consultado en: <http://www.e-torredebabel.com/Biblioteca/Volteire/apostata_Diccionario_filosofico.htm>.

cuanto los cristianos, conserven la fe y observancia de su secta y religión... que a los cristianos y a todos los demás se conceda libre facultad de seguir la religión que a bien tengan; a fin de que quienquiera que fuere el númen divino y celestial pueda ser propicio a nosotros y a todos los que viven bajo nuestro impero. Así, pues, hemos promulgado con saludable y rectísimo criterio esta nuestra voluntad, para que a ninguno se niegue en absoluto la licencia de seguir o elegir la observancia y religión cristiana. Antes bien sea lícito a cada uno dedicar su alma a aquella religión que estimare convenirle.

Líneas arriba, asevero lo curioso de la figura controversial de Constantino y su extraña conversión al cristianismo y la orden que dio para que a su vez se cristianizara el imperio:

Para muchos autores Constantino fue un simulador, dotado de una enorme visión política, que supo aprovechar para sus intereses la coyuntura histórica entre la idolatría y el advenimiento inminente del Cristianismo cuyos adeptos a este último culto sin duda eran cada día más numerosos.

Para otros, Constantino recibió la luz de la nueva religión, siendo su conversión sincera; sobre esto último también existen muchas conjeturas.

Sin duda la historia ofrece de manera constante, quizás perpetua, cambios inusitados, toda vez que después de Constantino, como ya vimos, apareció Juliano tratando de regresar a la primigenia religión romana idolátrica, sin éxito.

Además, el propio y liberal Edicto de Milán fue, años después, sustituido por el Edicto de Tesalónica que recrudeció la persecución a las otras religiones con graves repercusiones en todos los órdenes del Imperio Romano:

Recordemos que, a principios del siglo IV, Constantino I había terminado con la clandestinidad de los cristianos, otorgándoles ciertos privilegios y permitiéndoles la construcción de grandes templos. En 313, a través del Edicto de Milán, el emperador había decretado la libertad de culto para los cristianos.

A cambio de esto, Constantino tomó parte en las disputas que ya existían en el seno de la iglesia, convocando en 325 el Concilio de Nicea. En este concilio se desterraron las tesis arrianas que negaban el carácter divino de Jesús como parte consustancial de Dios. A pesar de ello, el cisma arriano se prolongaría al menos hasta el siglo VI, y no terminaría hasta la muerte del último de los monarcas arrianos, el rey visigodo Leovigildo. Del Concilio de Nicea se originaría el llamado Credo Niceno, último punto de encuentro entre las iglesias de oriente y occidente.

El mismo emperador Constantino fue el primer gobernante del Imperio romano de credo católico, aunque no fue bautizado hasta poco antes de morir. Con él se iniciaba una nueva época para la iglesia, y en el transcurso del siglo IV su influencia en las esferas del poder aumentaría (a pesar del paréntesis de tres años que supuso el gobierno de Juliano, durante el cual el cristianismo volvió a estar acosado por el poder) hasta que en 380 y a través del Edicto de Tesalónica se convertiría en la religión oficial y única religión lícita tanto en Oriente como en Occidente.

Edicto de los emperadores Graciano, Valentiniano (II) y Teodosio Augusto, al pueblo de la ciudad de Constantinopla.

«Queremos que todos los pueblos que son gobernados por la administración de nuestra clemencia profesen la religión que el divino apóstol Pedro dio a los romanos, que hasta hoy se ha predicado como la predicó él mismo, y que es evidente que profesan el pontífice Dámaso y el obispo de Alejandría, Pedro, hombre de santidad apostólica. Esto es, según la doctrina apostólica y la doctrina evangélica creemos en la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo bajo el concepto de igual majestad y de la piadosa Trinidad. Ordenamos que tengan el nombre de cristianos católicos quienes sigan esta norma, mientras que los demás los juzgamos dementes y locos sobre los que pesará la infamia de la herejía. Sus lugares de reunión no recibirán el nombre de iglesias y serán objeto, primero de la venganza divina, y después serán castigados por nuestra propia iniciativa que adoptaremos siguiendo la voluntad celestial»

(Dado el tercer día de las Kalendas de marzo en tesalónica, en el quinto consulado de Graciano Augusto y primero de Teodosio Augusto).

Con este edicto, el Imperio Romano en su totalidad pasaba a tener una nueva religión oficial tras siglos de libertad de culto. El Panteón Romano se había complementado a lo largo de muchos siglos con los dioses, deidades y lares domésticos, con el culto a los propios antepasados e incluso con divinidades prerromanas que habían sido asimiladas tras el proceso de romanización en muchos lugares del Imperio. Todo esto debía ser ahora abandonado para abrazar el culto a una religión monoteísta y a las normas morales que la acompañaban. A pesar de ello, Teodosio protegió en la medida de sus posibilidades a los ahora semiclandestinos paganos de la persecución y el acoso de los cristianos.

Muestra de las fuertes tensiones generadas en este periodo entre Iglesia y estado es la excomunión que el mismo emperador sufriría en 390, decretada por San Ambrosio tras la revuelta y posterior matanza de Tesalónica, donde habrían muerto cerca de seis mil personas. El emperador fue escarnecido en público por el obispo de Milán, negándole este la entrada en la iglesia. Tras una larga penitencia, y como compensación, el emperador decretó en 392 la prohibición de los sacrificios paganos.⁶

Harwin Brandt,⁷ en su obra *Constantino* señala que: “En el año 1912, en memoria de la victoria obtenida 1600 años atrás por Constantino el Grande sobre su rival Majencio al norte de Roma, el Papa Pío X hizo colocar una placa conmemorativa en Saxa Rubra, ‘Rocas Rojas’, uno de los escenarios militares importantes de las batallas del Puente Milvio en el otoño de 312”. En dicha placa puede leerse una inscripción latina, donde se alaba al comandante Constantino el Grande, quien venció allí a Majencio por la providencia divina

⁶ Consultado en:

<https://es.wikipedia.org/wiki/Edicto_de_Tesal%C3%B3nica>.

⁷ BRANDT, Harwin, *Constantino*, Barcelona, Herder, p. 13.

(*divinitus*) y llevó a Roma al estandarte cristiano, convirtiéndose así en el artífice de una época más feliz para el género humano. Po lo tanto, de acuerdo con la opinión aprobada por el Papa, el 28 de octubre de 312, día en que según la crónica de sus contemporáneos cristianos Lactancio y Eusebio de Cesárea, el emperador Constantino triunfó sobre el enemigo pagano en el nombre y con la ayuda del Dios cristiano, es considerado por el *orbis catholicus*, la comunidad católica mundial, como un gran hito en la historia del cristianismo, una transición en la historia universal entre el paganismo, hasta entonces dominante, y el cristianismo, que en lo sucesivo fue imponiéndose progresivamente y, desde fines del siglo IV, prevaleció como religión oficial del Estado.

Los sucesos del otoño de 312, que pasaron a la historia de la ciencia como el “giro constantiniano”, resultaron poseer tal trascendencia histórica en su versión cristiana que ejerció una influencia decisiva en la imagen que se tuvo de Constantino desde su propia época hasta mucho después de la Edad Media. En nuestros días, los eruditos siguen entablando intensos debates acerca de si el propio Constantino compartía ese punto de vista y recurren siempre a los mismos testimonios del emperador, a las mismas publicaciones oficiales (leyes, inscripciones y monedas), a los mismos edificios y monumentos alusivos. En varios pasajes de su *Vita Constantini*, el influyente biógrafo y contemporáneo de Constantino, el obispo Eusebio de Cesárea, ya se remite a relatos e informaciones supuestamente auténticos de su protagonista, de modo que éste podría haber ejercido una influencia consciente y deliberada en la repercusión de sus actos y actitudes.

En la *Vita Constantini*,⁸ escrita poco después de la muerte del emperador (año 337), Eusebio compuso un “espejo del príncipe” cristiano que se inserta en la tradición helenística de obras encomiásticas, obras cuyo fin es la alabanza, y que como prototipo de

⁸ EUSEBIO DE CESÁREA, *Vida de Constantino*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1994, pp. 59-62.

su género adquirió una relevancia casi canónica para las numerosas historias de la Iglesia y biografías de Constantino posteriores. Sería sencillo, pues, escribir una historia del concepto de Constantino en la antigüedad tardía, dado que sus rasgos fundamentales se mantuvieron en gran parte constantes desde el modelo eusebiano hasta la sentencia del Papa Pio X citada al comienzo y que data de principios del siglo XX, pasando por la Edad Media y los inicios de la Edad Moderna. En general, la imagen de Constantino presenta rasgos hagiográficos, en particular, en lo que respecta a las primeras décadas de su vida, durante las cuales no desempeñó un papel destacado en la política del Imperio Romano, de ahí que por razones obvias los historiadores de la Iglesia y biógrafos posteriores hayan debido ampliar dicho periodo con profusas fantasías y anécdotas.

Los altibajos de la historia son una constante. En muchos aspectos y quizá más de las veces la historia de los emperadores está teñida de sangre.

Maximiano fue el primero los emperadores perseguidores en morir. Inmediatamente después, Dios se fijó en Galerio, a quien Lactancio presenta como instigador de la persecución, y éste muere, víctima de una enfermedad repugnante e incurable, cuando se disponía a celebrar los veinte años de su reinado; pero poco antes de morir, arrepentido, publicó un edicto general de libertad de culto para los cristianos (caps. XXXI-XXXV). A la muerte de Galerio, Licinio y Maximino Daya se disputan el control de la mitad oriental del Imperio y llegan a un acuerdo de reparto de dominios. Inmediatamente después, Maximino reanuda la persecución, aunque disimulada por las amenazas de Constantino. Poco después muere Diocleciano y Maximino establece una alianza con Majencio (capítulos XXXVI-XLIII). Constantino invade Roma, derrota a Majencio, ocupa Roma y establece una alianza con Licinio. Se produce el esperado enfrentamiento entre Licinio y Maximino con la derrota de este último. Licinio publica en Oriente un edicto de libertad religiosa y, poco después, muere Maximino acosado en Tarso. Licinio culmina su acción con la muerte de todos los familiares de los tetrarcas supervivientes aún: entre ellos, Prisca, esposa de Diocleciano, y Va-

lería, hija de éste y esposa de Galerio (caps. XLIV-LI). Termina la obra con un epílogo que es un canto de alabanza a Dios por haber protegido a su pueblo y haber exterminado a todos sus enemigos (cap. LII).⁹

Volviendo a las conjeturas sobre los motivos de Constantino sobre su controvertida conversión, esto lo reitera C. W. Previté-Orton¹⁰ al señalar que “era septiembre de 323 cuando Constantino venció a su último rival, Licinio, en la batalla de Crisópolis (Scutari). En el noviembre siguiente trazó la línea de las murallas de la nueva Roma en la orilla opuesta del Bósforo. Había vencido como emperador cristiano, y como tal y en nombre de la Iglesia Cristiana había convocado el Primer Concilio Ecuménico que se reuniría en Nicea, en Bitinia, en el verano de 325. El Concilio había de completar la obra del emperador, que había reconciliado ya a los cristianos con el Estado Romano, y reconciliar a los cristianos entre sí.”

Es difícil decir exactamente en qué momento Constantino adoptó definitivamente su nueva fe. Las exigencias de un gobernante cuyos súbditos eran principalmente paganos, el flujo y reflujo de las opiniones de un converso «dividiendo de un modo o del otro el ánimo dispuesto» haría ambiguos sus pasos. Debió decidirse después de la victoria del Puente Milvio sobre el pagano Majencio, en 312, *instinctu divinitatis*, «por una divina corazonada...», aunque algunos incrédulos niegan que Constantino se mostrase dispuesto a cambiar su semimonoteísta culto del «Sol Invictus» por el Dios de los cristianos. En todo caso, la primera podría ser la religión de Flavio Constantino, no la del Emperador. La política de tolerancia puesta en práctica al año siguiente, cuando encontró a su colega y después aliado Licinio, conocida con el nombre de «Edicto» de Milán, muestra cuán lejos podía ir ya el Cristianismo, en seguridad, con la aprobación de la opinión pagana.

⁹ LACTANCIO, *Sobre la muerte de los perseguidores*, Intro., trad. y notas de Ramón Tejas, Madrid, Gredos, p. 15.

¹⁰ PREVITÉ-ORTON, C. W., *Historia del mundo en la Edad Media*, Barcelona, Sopena, t. I, p. 39.

No sólo se permitía a todos la libertad de cultos sino que las iglesias y propiedades confiscadas a las comunidades cristianas por la persecución de Diocleciano les eran devueltas, y las reclamaciones privadas de los paganos eran apaciguadas a costa del patrimonio imperial. Las deidades paganas, incluso el «Sol Invictus», desaparecieron pronto de sus monedas. El clero de la Iglesia Católica recibió en 313 la exención de las cargas públicas de que gozaban ciertos sacerdocios paganos. Las manumisiones de esclavos en ciertas iglesias serían válidas como en algunos otros templos.

No obstante, hay que señalar que “la magnificante organización de la vida romana¹¹ el grado hasta entonces no igualado de progreso material, el sentido profundo de justicia del Derecho Romano, imprimió en los habitantes del vasto Imperio un carácter tan marcado, un tan profundo apego a las leyes e instituciones civiles, un entusiasmo tan inquebrantable por la Roma Eterna, que el mundo romano será en parte campo fecundo, en parte roca impenetrable para la semilla evangélica”.

Ventajas. La civilización romana favoreció la expansión cristiana:

1°. Por la facilidad y seguridad de las comunicaciones entre los más distantes puntos del Imperio.

2°. Por el orden, la paz y la unidad en toda la cuenca del Mediterráneo.

3°. Por la tolerancia religiosa que permitió a los judíos establecerse por doquier, sirviendo así de primer punto de apoyo a la predicación cristiana, a su vez tolerada durante los primeros treinta años, los de su arraigo providencial.

4°. Por la organización ecuménica del Imperio en ordenada jerarquía de ciudades, provincias –diócesis también más tarde–, sabiamente gobernadas desde la Urbe: molde y hasta cierto punto modelo de la organización cristiana.

¹¹ OLMEDO S. I., Daniel, *La Iglesia Católica en el mundo greco-romano*, México, Jus, 1956, p.24-25.

Desventajas. En cambio, este admirable espíritu romano opondrá casi infranqueables barreras al Cristianismo por su congénita tendencia a la primacía de lo cívico y nacional sobre lo religioso, que espontánea pero lógicamente encarnada en la exigencia de adorar a la diosa Roma y al dios Augusto, teñirá en sangre los primeros siglos cristianos; y, traspuesta más tarde al plan cristiano, será letal veneno para el ya convertido Imperio (Cesareopapismo). Así supongamos por un momento que Juliano abandonara el culto de los dioses falsos para abrazar la religión cristiana; supongamos que estudiáramos en su persona el hombre, el filósofo y el emperador; veríamos entonces que no había príncipe en el mundo que pudiera ponerse a su nivel. Si sólo hubiera vivido diez años más, es probable que hubiera dado otra forma a Europa, distinta de la que hoy tiene.

La religión cristiana dependió de su vida; los esfuerzos que hizo para destruirla consiguieron que execraran su nombre los pueblos que abrazaron dicha religión. Los sacerdotes cristianos contemporáneos suyos le acusaron de haber cometido casi todos los crímenes, porque cometió el mayor para ellos, el de humillarlos. No hace mucho tiempo que le llamaban siempre Juliano el Apóstata, y es quizás el mayor esfuerzo que hizo la razón no designarle ya con ese epíteto injurioso. Los estudios y la experiencia han hecho a los sabios tolerantes. En el *Mercurio*, que se publicaba en París el año 1741, no tengo presente en que número, el autor reprende a un escritor diciéndole que faltaba al decoro público llamando «apóstata» al emperador Juliano. Si cien años atrás alguno se hubiera atrevido a no clasificarle así, le hubieran llamado ateo.

Es singular, pero es cierto, que si haciendo abstracción de las controversias en las que se enconaron los paganos y los cristianos, en las que Juliano se decidió por un partido; si no estudiamos a dicho emperador ni en las iglesias cristianas ni en los templos idólatras; si le estudiamos en su casa, en los campamentos, en las batallas, en sus costumbres, en su conducta y en sus escritos, nos convencemos de que fue un emperador que puede ponerse al nivel de Marco Aure-

lio. Juliano, al que nos han pintado como un ser abominable, si no ocupa el primer sitio entre los hombres notables de la humanidad, debe ocupar el segundo. Siempre sobrio, siempre temperante, sin tener nunca queridas, acostándose en una piel de oso, y en semejante cama concediendo todavía con pesadumbre algunas horas al sueño, repartiendo el tiempo entre el estudio y los asuntos públicos, generoso, capaz de ser buen amigo, enemigo del fausto, hubiera excitado la admiración pública si se hubiese consagrado a la vida privada.

Si le estudiamos como héroe, le veremos siempre al frente de sus tropas, restableciendo la disciplina militar sin valerse del rigor, querido de sus soldados y refrenándoles; conduciendo casi siempre a sus ejércitos a pie, dándoles el ejemplo de resistir todas las fatigas; siempre victorioso en todas sus expediciones hasta el último momento de su vida, y moribundo, hacer huir a los persas. Su muerte fue la de un héroe y sus últimas palabras las de un filósofo. «Me someto –dijo– con alegría a los decretos eternos del cielo, convencido de que el que está enamorado de la vida cuando es preciso que muera, es más cobarde que el que desea morir cuando es necesario que viva.» pasa su última hora ocupándose de la inmortalidad del alma, sin pesadumbre, sin debilidad, sometido a la Providencia. Téngase presente que el que muere de ese modo es un emperador de treinta y dos años, y véase si es lícito insultar su memoria.

Si le consideramos como emperador, veremos rehusar el título de *dominus* que ostentaba Constantino, aliviar a los pueblos, disminuir los impuestos, proteger las artes, hacer observar las leyes, refrenar a sus empleados y a sus ministros y evitar toda clase de corrupción.

Diez soldados cristianos se confabulaban para asesinarle; descúbrese el complot y Juliano los perdona. El pueblo de Antioquía, que era insolente y voluptuoso, le insulta; y sólo se venga de él como hombre de talento; pudiendo abrumarlo con el peso de su poder imperial, sólo le hace conocer la superioridad de su genio. Comparad su proceder con el de Teodosio, que mandó degollar a todos los

ciudadanos de Tesalónica por un motivo muy parecido, y juzgad de la conducta de esos dos hombres.

Algunos escritores que llamamos Padres de la Iglesia, Gregorio Nacianceno y Teodoro, creyeron que debían calumniarle porque abandonó la religión cristiana. No pensaron que el triunfo de la religión hubiera sido atraerse a ese sabio, a ese gran hombre, después de haber resistido a los tiranos.

Un escritor dice que inundó de sangre Antioquía tomando bárbara venganza. Si ese hecho público fuera verdad, lo hubieran referido los demás historiadores; pero no se ocupan de él, porque es sabido que no se derramó en Antioquía más sangre que la de las víctimas. Otro escritor se atreve a asegurar que, estando en la agonía, mirando al cielo, exclamó: «Venciste, Galileo». ¿Cómo pudo adquirir crédito un cuento tan insípido? ¿Peleó él acaso contra los cristianos? ¿Semejantes palabras eran propias de su carácter?

Hombres de ingenio más sensatos que los detractores de Juliano pueden preguntar cómo pudo suceder que un hombre de Estado, de ingenio y filósofo, como dicho emperador, abjurara el cristianismo, en cuya doctrina se había educado y adoptara el paganismo, cuyas ridiculeces y absurdos debía conocer. Si la razón de Juliano se rebeló contra la creencia de los misterios de la religión cristiana, debió rebelarse mucho más contra las fábulas de los paganos. Quizás estudiando el curso de su vida y observando su carácter, pueda comprenderse qué es lo que le inspiró aversión al cristianismo. El emperador Constantino, hermano de su abuelo, que estableció la religión cristiana, desde su trono se manchó con los asesinatos de su esposa, de su hijo, de su cuñado, de su sobrino y de su suegro; los tres hijos de Constantino inauguraron su funesto reinado degollando a su tío y a sus primos. Estos delitos fueron el prólogo de las guerras civiles y de los asesinatos que ensangrentaron aquellas regiones. El padre, el hermano mayor de Juliano, sus parientes y él mismo siendo niño, se vieron condenados a morir por su tío Constancio, y él pudo escapar de la matanza general. Pasó sus primeros años en el destierro, y por fin debió la salvación de la vida, de su fortuna y el título de César a la emperatriz Eusebia, esposa de su tío Constancio, que después

de usar la crueldad de proscribirle en su niñez, tuvo la imprudencia de hacerle César, y luego la imprudencia todavía mayor de perseguirle. Juliano presenció la insolencia con que un obispo trató a su bienhechora Eusebia. Se llamaba Leoncio, y era obispo de Trípoli. Envío a decir a la emperatriz que no iría a visitarla si no le recibía del modo conveniente a su carácter episcopal; ella salió a recibirle hasta la puerta, obtuvo su bendición inclinándose y permaneció de pies hasta que el obispo le permitió que se sentara. Los pontífices paganos no se portaban así con las emperatrices, y esa vanidad brutal debió producir honda impresión en el espíritu del joven, que era ya apasionado de la filosofía y la sencillez.

Finalmente y pretendiendo volver a hacer un contraste de obras y personalidades de aquel complejo mundo romano, convendría en insistir en algunos otros aspectos de la personalidad de Juliano, pues nuevas investigaciones nos arrojan datos particularmente reveladores de este emperador históricamente satanizado.

Aunque Juliano vivía en el seno de una familia cristiana, era esa familia famosa por sus parricidios; aunque se trataba con los obispos de la corte, conocía que éstos eran audaces e intrigantes, y veía que se anatematizaban unos a otros; además, veía con repulsión que los partidos de Arrio y de Atanasio perturbaban el Imperio y hacían derramar ríos de sangre. Comparándolos con los paganos, observaba que éstos no tuvieron nunca guerras de religión; era, pues, natural que Juliano, por otra parte educado por filósofos paganos, fuera de día en día fortificando en su corazón el odio que debía inspirarle la religión cristiana. No es más extraño que Juliano abandone el cristianismo para consagrarse a los dioses falsos, que Constantino abandone los dioses falsos para dedicarse al cristianismo; porque es verosímil que los dos cambiaran de religión por interés del Estado. Y este interés se confundió en el espíritu de Juliano con la dignidad indócil de su alma estoica.

Los sacerdotes paganos carecían de dogmas, y no obligaban a los hombres a que creyeran lo increíble; sólo exigían sacrificios, y esos sacrificios no los exigían bajo penas rigurosas; no creían constituir la primera clase del Estado, no pretendían que hubiera un Esta-

do dentro de otro y no tenían intervención en el gobierno. Estos motivos eran suficientes para impulsar a un hombre del carácter de Juliano a decidirse por el partido de los que de ese modo opinaban. Necesitaba ser jefe de un partido, y si únicamente se hubiera declarado estoico, le hubieran combatido los sacerdotes de las dos religiones y los fanáticos de una y de otra. El pueblo no hubiera soportado entonces que su jefe se satisficiera con la adoración pura de un ser puro y con la observancia de la justicia; necesitó, pues, optar por uno de los dos partidos que se combatían. Es, pues, creíble que Juliano se sometiera a las ceremonias paganas, como van a los templos la mayoría de los príncipes y de los grandes, arrastrados por el pueblo y aparentando con frecuencia lo que no son, manifestando creer lo que no creen. El sultán de los turcos debe bendecir a Omar; el sha de Persia debe bendecir a Alí; hasta Marco Aurelio quiso que le iniciaran en los misterios de Eleusis.

No debe, pues, sorprendernos que Juliano envileciera su razón descendiendo a observar prácticas supersticiosas; pero sí que debe indignarnos Teodoro, por ser el único historiador que refiere que dicho emperador sacrificó una mujer en el templo de la Luna. Ese cuento infame debe ponerse al nivel del cuento absurdo de Amiano, que dice que el genio del Imperio se apareció a Juliano momentos antes de su muerte, y del cuento no menos ridículo que refiere que cuando Juliano quiso reedificar el templo de Jerusalén, salieron del centro de la tierra globos de fuego, cuyas llamas incendiaron las obras de los obreros. Los cristianos y los paganos inventaron fábulas referentes a Juliano. Pero las que inventaron los cristianos fueron todas calumniosas. Nadie se convencerá nunca de que un filósofo sea capaz de sacrificar a la luna una mujer y de desgarrar sus entrañas con sus propias manos. No puede obrar de ese modo un estoico rígido. Juliano no condenó a muerte a ningún cristiano; no concedía favores a sus enemigos, pero no los perseguía; era un emperador justo, que les permitía gozar sus bienes, pero que escribía contra el cristianismo como filósofo. Les toleraba el ejercicio de su religión, pero impedía que perturbaran el Estado con sus controversias sangrientas. No podían reprocharle nada más que

haberlos abandonado y no pertenecer a su partido, y sin embargo, encontraron el medio de hacer odioso a la posteridad un príncipe que hubiera sido aplaudido por todo el universo si no hubiera cambiado de religión.¹²

Estimamos como dato adicional, dar noticia del Papa Silvestre I cuya intervención en la vida de Constantino y del Concilio de Nicea, celebrado durante su papado fue particularmente toral para conocer el entorno histórico.

San Silvestre (314-335) nació en Roma y era hijo de un aristócrata cristiano llamado Rufino, quien le dio como preceptor a un piadoso sacerdote llamado Cirino y fue ordenado sacerdote por San Marcelino. Fue elegido obispo de Roma y sumo pontífice el 31 de enero de 314, y fue el primero en ceñir la tiara.

En el primer año de su pontificado, el emperador Constantino convocó un sínodo para acabar con el cisma que había estallado en África, y en el año 325 convocó el I Concilio Ecuménico de la historia, que se celebró en Nicea (Bitinia), residencia veraniega del emperador, al que asistieron, junto a éste, trescientos dieciocho obispos, y en el que se condenó la herejía arriana y se redactó el llamado «credo de Nicea».

Obrando así, Constantino abrió la puerta a la intromisión del poder civil en los asuntos eclesiásticos, algo que, acaso sólo en aquel asunto, fue beneficioso para la Iglesia, ya que, en su calidad de *pontifex maximus*, Constantino autorizó la construcción de una gran basílica en honor de San Pedro sobre la colina Vaticana –sobre las ruinas de un cementerio pagano– y financió la construcción de otras dos basílicas romanas: una en honor de San Pablo, sobre la vía Ostiense, y otra la de San Juan de Letrán. Obsequió, además, al obispo de Roma con su propio palacio laterano, que desde entonces fue residencia de los obispos de Roma.

¹² Consultado en: <<http://www.e-torredebabel.com/Biblioteca/Voltaire/Juliano-Diccionario-Filosofico.htm>>.

Por su parte, San Silvestre envió delegados al Concilio de Arlés, al que asistieron los obispos de las Galias, Italia, España y África, en el que se estableció que la fiesta de la Pascua se celebrase el domingo después del día 14 de la luna de marzo; se condenó la reiteración del bautismo, observada por los africanos; se declaró inocente a Ceciliano, obispo de Cartago, de los delitos de que le acusaban los donatistas, y se aprobaron leyes contra los cismáticos. San Silvestre envió también un obispo y dos sacerdotes en su nombre al Concilio de Nicea del año 325.

Concluido ese Concilio de Nicea, tras la condenación del arrianismo y la formulación del credo, el concilio escribió a San Silvestre para solicitar de él que confirmase sus decretos. El pontífice reunió otro concilio en Roma, en el que confirmó todo lo que el de Nicea había hecho, con estas palabras:

Confirmamos de palabra, y asimismo nos conformamos con todo lo que ha sido establecido en la ciudad de Nicea [Bitinia] por los trescientos dieciocho bienaventurados obispos, para el bien y conservación de la Santa Madre Iglesia Católica y Apostólica, y anatematizamos a todos los que intenten destruir la definición de este grande y santo concilio, al que sea hallado presente le muy pío y venerable príncipe Constantino Augusto.

Otras obras pastorales de San Silvestre fueron la institución del domingo para recordar la resurrección, la creación de la «corona férrea», con un clavo de la cruz, y la consagración de San Juan como catedral de roma.

En medio de tanta bonanza, Tarquino Perpena, prefecto de la ciudad de Roma, sabiendo que San Timoteo estaba hospedado en casa de San Silvestre, y pensando que éste había traído a Roma grandes riquezas de Oriente, mandó meter en la cárcel a San Silvestre, pero la muerte repentina de su perseguidor al día siguiente de su encarcelamiento liberó al pontífice, quien salió de Roma y se retiró al monte Soracte —posteriormente llamado San Silvestre—, que distaba de roma unas siete leguas.

Murió, de edad muy avanzada, el 31 de diciembre de 335, y su cuerpo fue enterrado en el cementerio de Santa Priscila, en la vía Salaria. Es el primero de los obispos de Roma que no fue considerado mártir y también el primer cristiano canonizado sin haber alcanzado la corona del martirio.¹³

La experiencia romana, nos señala el culto jurista, historiador y humanista Dr. José de Jesús Ledesma Uribe,¹⁴ “afronta el problema humano, de lo incierto, ya que el derecho está inserto en el tiempo, en el devenir que solo en mínima parte depende de la acción del hombre”.

Como ya señalamos en el cuerpo de las presentes páginas, la historia es una suerte de *ritornello*, todo cambia pero de manera frecuente se vuelve al principio. Es uno de los grandes misterios humanos; tal es el caso de estos Edictos y personajes que la cambiaron, oscilando entre el rostro benevolente del entorno romano así como en ocasiones todo lo contrario. No obstante la impronta de Roma sigue perdurando por los siglos de los siglos, como una curiosa especie de extraño pero al fin, positivo determinismo.

¹³ MELGAR GIL, Luis-Tomás, *La historia de los papas*, México, Hiperlibro, 2013, p. 78-79.

¹⁴ LEDESMA URIBE, José de Jesús, *El derecho es un reflejo de la luz del mundo*, México, Editorial Torres, 2015, p. 488.